

Jan van Muilekom, *The Franco Regime and its Historiography. Spanish Historians Confronting Propaganda and Censorship*. Brighton, Chicago, Toronto: Sussex Academic Press, 2021, 268 págs.

Jan van Muilekom es un investigador situado en la esfera de las líneas de trabajo del catedrático de la Universidad de Groningen, Antoon de Baets.¹ En este libro emplea como herramienta de análisis historiográfico una de las propuestas de Baets: los dictadores procuran el apoyo de la historia y de la historiografía porque carecen de legitimidad política, es decir, no han ganado unas elecciones legislativas ni han construido unos códigos democráticos. Esto ha llevado a Baets y a Muilekom a indagar sobre el uso y el abuso de la historia y sobre las relaciones entre censura y propaganda. El libro de Muilekom dialoga con otros autores que se han ocupado del funcionamiento de la censura y la propaganda durante la dictadura franquista, entre ellos Ruiz Bautista,² Rojas Claros³ y Pasamar Alzuria.⁴

Muilekom cree que hasta 1945 el modelo español es similar al alemán, aunque tal vez Franco fue más allá que Hitler en el control de la imagen histórica del régimen durante los primeros años de poder. Después, los funcionarios españoles de empuje totalitario, responsables del control de la transmisión de los hechos históricos, fueron sustituidos por otros de corte conservador. El régimen se hizo menos totalitario y más autoritario, de modo que se producirá un cambio entre los censores, tanto que hacia finales de la dictadura se pierde el interés en mantener la imagen que el régimen tenía en sus orígenes. Incluso, a mitad de los años sesenta, algunas editoriales críticas con el franquismo se harán un hueco para publicar trabajos históricos de cierto calado, acabando por construir una corriente historiográfica estable durante el sexenio 1970-1975.

Sigue habiendo una huella muy profunda en la investigación sobre la dictadura franquista en ámbitos historiográficos diversos. Durante décadas, esos estudios han tratado de influir en la sociedad, pero además se ha ejercido con insistencia la propaganda y la censura para presentar una visión determinada de los hechos históricos. Diferentes corrientes de historiadores se han visto afectadas por esta situación y por los cambios políticos en los que se han visto envueltos. Para Muilekom, el caso español es un laboratorio muy interesante para establecer una teoría general de la censura.

La estructura del libro se sostiene sobre el análisis escrupuloso de dieciocho temas y cuarenta y cinco subtemas. En el primer capítulo describe la diversidad de instrumentos utilizados por el gobierno franquista para poner en marcha los procesos de propaganda y censura. La censura se empleó a fondo, especialmente hacia la mitad de los años sesenta, porque antes no resultaba necesario. El segundo capítulo se divide en dos grandes periodos, uno de veinticinco años (1940-1965) y otro de doce (1965-1977). Se examinan

¹ Antoon de Baets, *Censorship of Historical Thought: A World Guide 1945–2000* (Santa Barbara CA: Greenwood Publishing Group, 2002, actualizado 2019).

² Eduardo Ruiz Bautista (coord.), *Tiempo de censura. La represión dictatorial durante el franquismo* (Gijón: Ediciones Trea, 2008).

³ Francisco Rojas Claros, *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España 1962-1973* (San Vicente del Raspeig: Universidad de Alicante, 2013).

⁴ Gonzalo Pasamar Alzuria, *Historiografía e ideología de la posguerra española: La ruptura de la tradición liberal* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991).

los historiadores y los institutos de investigación más importantes, con un detallado resumen de las visiones históricas del periodo 1931-1952 y de los contactos de los historiadores españoles con los historiadores extranjeros. Los capítulos tercero, cuarto y quinto se dedican a analizar los mecanismos de censura y propaganda en el ámbito de la historia contemporánea, mientras que del capítulo sexto al noveno se ocupan del análisis de las obras históricas. Lo más valioso del libro son los resultados de la investigación de Muilekom centrados en la propaganda, en la censura, en la autocensura, en la imagen histórica del periodo 1939-1977, en los cambios políticos y en algunas de las contribuciones teóricas que aporta el autor.

Muilekom se detiene en las continuidades historiográficas que se produjeron entre tres corrientes de historiadores. La primera formada por los más próximos al bando nacional trabaja sobre todo entre 1933 y 1960 (el libro no deja de tener un ancla historiográfica en el inicio de la Segunda República en 1931). Se centraron más en determinar a los culpables de la contienda civil que en las causas de la misma. Serán ellos los padres historiográficos de la idea de la inevitabilidad de la guerra y de la consideración de que la actitud de Franco y de los militares rebeldes fue la correcta. En la primera mitad de los años cuarenta hay un esfuerzo en la propaganda histórica y en la represión de la historiografía española. Entre 1940-1960, no obstante, apenas hubo que censurar. Presionaron mucho el *Dictamen* de 1939 y la *Causa General* de 1943, que se encargaron de introducir términos específicos y ciertos paralelismos históricos que jugaron un papel significativo (*Glorioso Alzamiento Nacional, Cruzada de Franco, Rojos...*). Fueron los encargados de concebir la acción de Franco como una nueva “Reconquista”. Durante los primeros veinticinco años de dictadura la censura se centró, sobre todo, en dos temas: el papel del fascismo europeo en el nuevo régimen y la posición e importancia de la monarquía. Pero, además, funcionó la autocensura entre muchos historiadores. En todos ellos, la guerra estaba bien presente. Y también, claro está, entre todos los miembros del gobierno de Franco. El periodista Gregorio Morán señala en *El cura y los mandarines. Historia no oficial del Bosque de los Letrados. Cultura y política en España 1962-1996*⁵ que el militar africanista Camilo Menéndez Tolosa, Jefe de la Casa Civil del Jefe de Estado en 1962, luego Ministro del Ejército entre 1964 y 1969, fue “suegro del eminente historiador y reputado catedrático, Miguel Artola”, lo que Morán denomina “singularidades de nuestra vida cultural”, “un hombre que en función de su oficio de cronista de su tiempo, que no otra cosa es un historiador desde los griegos, ocultó celosamente que el padre de su esposa, y por tanto el abuelo de sus hijos, participara como ejecutor de todos los desmanes franquistas que se cometieron durante los años sesenta (...) sin que dijera nada, ni siquiera unas modestas memorias asegurando que en los almuerzos de los domingos hacían algún reproche a su suegro”. Según Morán, la singularidad española del fascismo tiene mucho que ver con que “ninguno de los parientes, hijos, yernos, primos, sobrinos, de los criminales de Estado escribieron una maldita línea para decir “me callé porque tenía miedo de que peligrara mi carrera profesional”. Si hubieran sido ingenieros a lo mejor hubieran tenido alguna disculpa, ¡pero tratándose de historiadores! Y además especializados en liberalismo. Cuesta dar crédito a esta vergüenza que al parecer ellos llevaban con la mayor tranquilidad. Bastaba con el silencio. El historiador Miguel Artola convivió durante muchos años con un suegro y de seguro abuelo encantador, que en los Consejos de ministros de los viernes se dedicaba a crujir a los españoles”. Nadie se ha metido a investigar estas honduras de la

⁵ Gregorio Morán, *El cura y los mandarines. Historia no oficial del Bosque de los Letrados. Cultura y política en España 1962-1996* (Madrid: Akal, 2014), 60.

letra pequeña de la historiografía contemporánea, ni la influencia que haya podido tener en muchos ámbitos socio-culturales.⁶

El segundo grupo de historiadores, a los que llama “reformistas cautelosos”, se abren paso durante la década de los sesenta, especialmente Carlos Seco Serrano y Ricardo de la Cierva. Estos no abandonan la convicción de que el comportamiento de la izquierda fue decisivo para el estallido de la Guerra Civil. En su opinión, eso hizo ineludible la respuesta de Franco. Creen que la izquierda preparaba un golpe y que el Frente Popular era una repetición de la revolución de Asturias de 1934. Les reconoce una cierta objetividad en la explicación de ciertos hechos, pero sortearon asuntos espinosos. Admite también que trataron de ampliar su enfoque, de introducir innovaciones, que después se incrementaron en la década de los setenta, pero omitieron hechos y juicios sobre la inevitabilidad y las consecuencias del golpe. Asimismo, en sus trabajos no aparecen comentarios sobre el dictador, el ejército y sus oficiales. No aluden nunca a que el golpe militar trató de proteger los intereses de las elites sociales –esto lo hará la siguiente corriente, los historiadores críticos con el régimen–. Este segundo grupo de historiadores no dirá nada de la reticencia de Franco de unirse al golpe y hasta mediados de los setenta no trataron el terror sistemático de la zona nacional. Tampoco se referirán a los monárquicos que habían intentado echar a Franco en 1944-1945. No obstante, en los años setenta aportarán mucha información en sus trabajos sobre las ayudas del exterior durante la Guerra Civil y sobre el terror en las dos zonas. Carlos Seco Serrano fue el primero de este nuevo enfoque más profesional. Durante los años cincuenta prepara su obra de 1962, que marca el rumbo de la historiografía entre 1931-1952.⁷ Son años en que se usa y se abusa de la historia. Por ejemplo, Ricardo de la Cierva publicaba estudios sin citar sus fuentes sobre la preparación del golpe militar. Cuando se acabó la censura, muchos historiadores señalaron los efectos que esta había supuesto para sus estudios.

El tercer grupo de historiadores, “críticos del régimen”, estaba formado mayoritariamente por historiadores anglosajones. Comenzaron su actividad en los años sesenta. Abren nuevas vías historiográficas, indagando sobre las causas de la guerra. Estudian con detenimiento las acciones y el comportamiento de ambas partes. Para ellos, la rebelión llevada a cabo por los militares no era inevitable. Sus posiciones se conocieron cuando empezaron a circular sus publicaciones. Pese a sus deficiencias, el autor le da mucha importancia, entre los críticos, a Ramón Tamames. El estudio de Gabriel Jackson,⁸ publicado tras la muerte del dictador, había circulado previamente en ámbitos académicos y no académicos, influyendo en otros autores. Los estudios de este grupo acabaron por influir y contaminar, aunque con dificultades, a historiadores alejados de sus posiciones. Esta división historiográfica en tres grupos sustenta el trabajo del autor.

⁶ La llamada “suspensión de la memoria” entre 1982-1996, de la que hablan algunos/as historiadores/as, puede tener que ver con el miedo de la sociedad española después del intento de golpe de Estado de 1981, pero el miedo no puede explicar las evasivas de los diferentes gobiernos socialistas a implicarse en ese asunto. Hay una o dos generaciones de cargos públicos de izquierda descendientes de padres implicados directa o indirectamente con el franquismo. El freno que este hecho pudo provocar para denunciar los crímenes cometidos por coetáneos de sus propios antepasados o por sus propios antepasados inundó todos los años de gobiernos socialistas, donde había muchos miembros cuyos padres habían sido cargos significados del régimen franquista. No es una especificidad española, pero está sin estudiar.

⁷ Carlos Seco Serrano, *Historia de España. Gran historia general de los pueblos hispanos, tomo VI época contemporánea* (Barcelona: Instituto Gallach, 1962).

⁸ Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939* (Princeton New Jersey: Princeton University Press, 1965).

A principios de los sesenta, se notó el desarrollo en el ámbito historiográfico. El periodo contemporáneo español se convirtió en un ámbito de estudio independiente. Coincidió con que se hizo más compleja la imagen del régimen franquista, aunque esto no llegó al gran público.

Después de 1960, la propaganda histórica la reguló y la controló el propio régimen. Se estableció una Sección Histórica dentro del Ministerio de Información. Será un periodo en que el equilibrio entre propaganda y censura se inclinará hacia la segunda. Durante esos años sesenta, el régimen invertirá en la calidad de los censores que juzgaban las obras históricas e hizo todo lo posible para que el ejército estuviese representado entre ellos. Hasta su muerte, el régimen quiso controlar la historiografía contemporánea posterior a 1931. Así, la Ley del Ministerio de 1966 suprimió la censura obligatoria previa a la publicación, pero daba igual, porque la censura se hizo voluble y ambigua. Todo esto hace, como apunta Baets, que los regímenes autoritarios sean más impredecibles que los totalitarios, convirtiéndolos en más intimidatorios. Los expedientes de censura recibían calificaciones diferentes si el autor estaba próximo al régimen o no. Esta situación favoreció que hubiese acuerdos bajo cuerda entre los censores y los autores y editores. Pese a todo, el régimen intervino de forma continua contra algunas publicaciones, combinando intimidación, conveniencia política y tolerancia. En los últimos años del régimen franquista, la censura fue cuantiosa, en medio de la lucha entre los conservadores y los reformistas.

Siguiendo a Baets, el autor señala cómo hubo temas tabúes para los historiadores: las tensiones entre los partidarios del régimen, las críticas al dictador, los métodos criminales empleados por el régimen, la relación del franquismo con otros fascismos europeos, la Segunda República como experimento democrático o la denuncia de la responsabilidad de la Iglesia y del Ejército en el inicio de la Guerra Civil.

El autor hace explícito que con el tiempo se dará una colaboración entre reformistas cautelosos y críticos con el régimen. Crearán un magma informal de temas, hechos y juicios que debían evitarse por parte de los censores. Cuando acabó la censura, muchos historiadores sintieron vergüenza de reconocer su autocensura.

Conviene señalar que es muy interesante el apartado dedicado a los censores y a sus expedientes sobre diferentes publicaciones. El autor ha realizado un análisis cualitativo, escogiendo un corpus de treinta libros de un total de ciento cincuenta (incluyendo en el corpus reimpresiones), lo que le ha permitido tener una imagen completa de la evolución del proceso, añadiendo además expedientes de la revista *Hispania* y de los periódicos *ABC* y *La Vanguardia Española*.

También resulta valioso el análisis de los historiadores de los años cuarenta afines al régimen. Se sumerge en las diferencias de contenido entre ellos: unos ven la rebelión como restauración del orden republicano dentro de la serie de pronunciamientos que se produjeron en el siglo XIX, otros creen que el abandono de España por los partidos de derecha hizo que el golpe militar fuese un hecho singular dentro del movimiento fascista europeo. Sus publicaciones no fueron uniformes, ni todos presentaron la Guerra Civil como la primera fase de la Segunda Guerra Mundial.

El autor considera que los estudios sobre la propaganda, la censura y los cambios políticos (los de Ruiz Bautista, Rojas Claros y Larraz Elorriaga) pecan de ser demasiado

uniformes frente a la diversidad política de los conservadores durante los años cuarenta. Los partidarios de Franco eran diversos: antiguos falangistas, católicos conservadores, republicanos, monárquicos, militares franquistas. Del dictador dependía el equilibrio político. En la segunda mitad de los años cuarenta, el republicanismo desapareció. La historiografía falangista y monárquica se vio superada por la conservadora-católica. Fue el periodo de la Guerra Civil como Cruzada de Franco. En los cincuenta, la visión se occidentaliza y se verá como una lucha contra el peligro comunista. También aquí habrá tabúes como nombrar a la CEDA o a Gil Robles, tabú heredado de los años cuarenta.

En los años sesenta, los nuevos políticos vinculados al Opus Dei pretenden enterrar los conflictos de la sociedad española y dar cierta voz a los perdedores de la guerra. Que se hiciera así tenía que ver con que el régimen franquista fuera visto de manera más favorable. En 1973-1974, los tecnócratas del régimen abrieron espacios para historiadores anglosajones, pero se encontraron con la oposición del bunker conservador.

Consideramos que el trabajo de Muilekom es una contribución interesante al campo de la teoría de la censura. Ve con claridad que un régimen dictatorial con ambiciones en el campo de la historiografía contemporánea no siempre tiene por qué presentar una apariencia dura. El franquismo solo presentó una posición dura entre 1940-1945. El autor cree que se va produciendo, poco a poco, una evolución en la consideración de los estados fascistas. Ocurrió también en Italia y Alemania. El trabajo de Seco Serrano es un buen ejemplo de ello. Dictaduras tan largas como la franquista se meten dentro de los entresijos sociales, y la historiografía es uno de ellos.

Baets cree que España es un caso especial, porque mucha censura siempre va de la mano de mucha propaganda, pero en España en los años sesenta, cuando la censura era más activa, la propaganda era más bien baja, aunque bien es verdad que existía una propaganda encubierta o indirecta por parte del régimen.

La represión del gobierno se extendió a Francia y Reino Unido. Entre 1945 y 1955, se presionó a los historiadores para que no tuvieran contactos en el exterior. Se impedía que participasen en congresos, temerosos de los contagios con sus colegas extranjeros.

El autor cree que todo esto demuestra que un régimen autoritario no desarrolla instrumentos de censura minuciosos, sino más bien se queda en directrices limitadas, para permitir maniobras por parte de los autores y mecanismos de oportunismo político. Además, la censura podía no permitir una obra, pero se la podía reseñar. Recordemos el emblemático caso de *El laberinto español* de Gerald Brenan, que no se conoció en España hasta los años sesenta.

En resumidas cuentas, el autor ha hecho un esfuerzo notable por utilizar el caso español para proporcionar elementos de análisis para la teoría de la censura, especialmente a nivel micro.

María Victoria Martins Rodríguez
Universidad Complutense de Madrid y Universidad
Carlos III de Madrid (Instituto de Estudios de Género)
(España)
mmartins@inst.uc3m.es

ORCID ID: 0000-0003-0445-7166

Fecha de recepción: 9 de junio de 2023

Fecha de aceptación: 12 de junio de 2023

Publicación: 30 de junio de 2023

Para citar este artículo: María Victoria Martins Rodríguez, “Jan van Muilekom, *The Franco Regime and its Historiography. Spanish Historians Confronting Propaganda and Censorship*. Brighton, Chicago, Toronto, Sussex Academic Press, 2021, 268 págs.”, *Historiografías*, 25 (enero-junio, 2023), pp. 188-193.